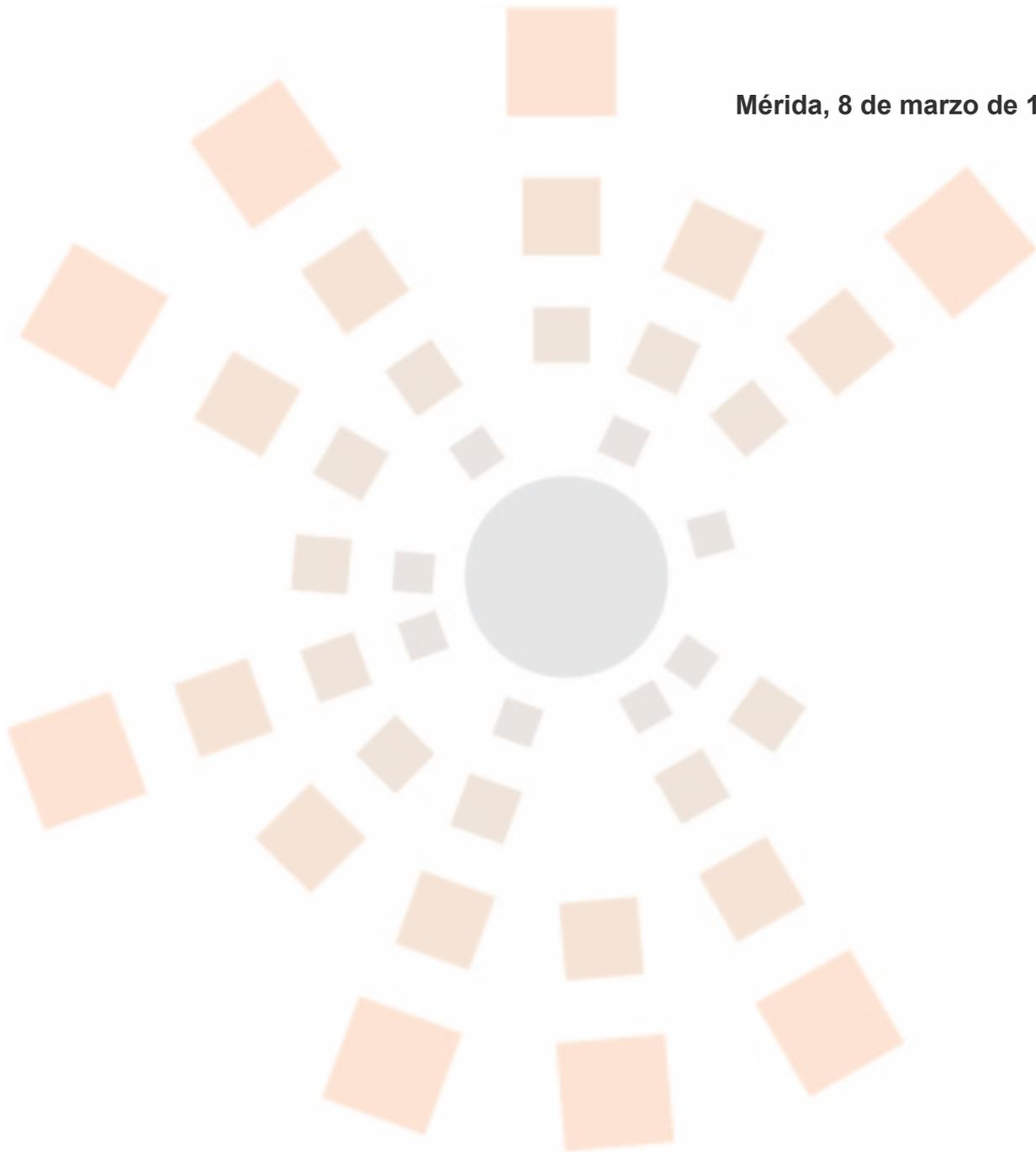


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE
CLAUSURA DE LA "SEMANA INTERNACIONAL DE LA MUJER"**

Mérida, 8 de marzo de 1985



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LA "SEMANA INTERNACIONAL DE LA MUJER".

Mérida, 8 de marzo de 1985

Cualquiera que haya tenido la oportunidad de tener que decir algunas palabras en un acto público sabe de las dificultades que ello acarrea; si encima ese auditorio es mayoritariamente un auditorio femenino, la cosa se complica, y si ese auditorio es femenino y además feminista, el intento adquiere ya cotas de atrevimiento.

¿Y por qué esa dificultad?

Varias son las razones que lo explican:

- En primer lugar porque la palabra es la exteriorización de unos pensamientos, y esos pensamientos van a ser expuestos por un hombre, ante un público femenino, y en buena parte feminista.
- En segundo lugar, esos pensamientos son el resultado de la educación, cultura, reflexión y experiencia del mundo en el que vivimos, y que como vosotras sabéis mejor que yo, entre otras cosas porque habéis tenido que sufrir, es mundo claramente machista.

He tenido, pues, para este acto de clausura, de la preparación de un discurso para mujeres, para halagar las vidas de las mujeres, desde una posición paternalista que normalmente esconden una posición de superioridad. He querido dirigir la palabra no a un grupo de mujeres sino a unos seres humanos que se han reunido durante una semana para discutir sus problemas y analizar sus conquistas.

He querido, y quiero, decir a este grupo de seres humanos, algunas cosas de las que pienso, sin someter mis palabras al filtro del halago, la lisonja o el protocolo. Sin llegar a los límites de aquellos políticos que sin el más mínimo pudor arremeten contra el derecho y la libertad de las mujeres, no recatándose en calificar de "pingo" a todo aquel o aquella que se salga de la moral y costumbres más reaccionarias y conservadoras, sí quiero no obstante confesaros que yo también me he formado en una sociedad hecha por el hombre y para el hombre.

Una sociedad en la que se ha repetido hasta la saciedad, aunque tratando de dorar la expresión, que la historia de la humanidad es cosa de hombres; que la mujer no es objeto histórico, haciendo caer, de forma tan simplista, en el

oscurantismo a todas las figuras femeninas que han determinado la historia en todos los tiempos y lugares.

De esta forma, tan simplista, hemos despreciado a la mujer, protagonista con el hombre, de las más duras tareas desde el principio de los tiempos, a las viejísimas estampas de la campesina medieval, doblada sobre las mieses de la era o acarreado leña.

De esta forma tan simplista, se ha despreciado su participación en la revolución industrial, que empezó a tirar de la mujer para incorporarla más efectivamente a la producción, como mano de obra barata, en durísimos trabajos.

De esta forma, tan simplista, hemos prescindido del movimiento sufraguista, y de tantos hitos que cambiaron el curso de la historia; que conformaron el estado de derecho de los pueblos y consiguieron la libertad y la democracia.

Y es que, ciertamente, hasta la historia queda escrita desde la posición subordinada a la que la mujer ha estado secularmente sometida,

Vivimos, y que como Vds. saben mejor que yo, entre otras cosas porque la han tenido que sufrir, es un mundo claramente machista.

Quiere ello decir que de la misma forma que nos han enseñado que el reino animal es superior que el reino vegetal, también nos han enseñado y educado que el hombre es superior a la mujer y consecuentemente que la mujer es inferior al hombre, y ese es el marco, el triste marco en el que se ha desenvuelto nuestra educación y la educación de nuestros abuelos. Y lo más grave de todo es que esa educación no sólo nos la dio la vida, la escuela, la universidad, el trabajo o los libros; no; esa educación también la recibimos de las mujeres; de nuestras madres; de nuestras hermanas; de nuestras novias; de nuestras mujeres; de nuestras maestras y de nuestras paisanas.

De nuestras madres, porque en miles y miles de hogares se ha repetido hasta hacerlo norma, esa frase dirigida a la hija de : "Plánchale la camisa a tu hermano".

De nuestras hermanas porque jamás protestaron por tener que planchar esas camisas o coser esos botones.

De nuestras mujeres porque desde el primer momento dieron su consentimiento a aquello de "seguir al marido en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad", iniciándose así un camino marcado claramente por las relaciones inferior-superior.

De nuestras maestras, porque enseñaban lo que aprendieron, y aprendieron que había dos tipos de educación: la del sexo débil y la del sexo fuerte.

Y en fin, de nuestras paisanas, porque todavía llegan a emocionarse cuando alguien les lee la Nacencia, en lugar de sublevarse porque nuestras mujeres parieron debajo de una encina, en lugar de hacerlo en clínicas públicas con unidad de cuidados intensivos.

Como Vds. podrán ver, la educación recibida no es precisamente la más apropiada para que yo pueda disertar en este acto, sin someterme al riesgo de ser abucheado en más de una ocasión (y extrañado estoy de que ya no lo haya sido).

Pero afortunadamente para mí y para todos los ciudadanos de este país y de esta región, no todo en la historia de la humanidad y sobre todo en la historia de este último siglo, no todo, ha sido tan lineal. Antes y ahora; ahora más que antes, las excepciones en ese tipo de comportamiento surgieron, y surgen cada día, más numerosas y cada día con más fuerza.

Cada día son más las mujeres que, conscientes de que el sexo condiciona a las personas, pero que jamás puede determinar la inferioridad de la mujer frente al hombre, han decidido, y seguirán decidiendo, romper con esas diferencias para, situadas en el mismo nivel que el hombre, luchar codo con codo, y sin discriminaciones, contra las causas que las generan y contra una sociedad que las consiente y fomenta.

Y afortunadamente, entiendo yo, que cada vez existen más hombres a los que no sólo no les molesta que esa suma de esfuerzos se produzca, sino que hacen lo posible para que así sea.

Ya, hoy en 1985, ni todas las madres piensan lo que nuestras abuelas; ni nuestras novias; ni nuestras mujeres, ni nuestras maestras.

Y el mejor ejemplo de que eso es así afortunadamente para nuestra sociedad, lo tenemos aquí.

Por una parte, en las organizadoras y participantes en esta semana internacional de la mujer a las que yo felicito cariñosa y solidariamente por tan importante iniciativa y trabajo, y a las que hago llegar a petición de la Junta de Extremadura para que nos transmitan, si así lo creen oportuno, las conclusiones, ponencias, etc. de esta Semana.

Y el segundo ejemplo, para mí tan importante como el primero, aunque mucho más arriesgado y emotivo, es el que durante los últimos años nos han dado las valientes Madres de Mayo, una esperanza y un ejemplo que nos motiva fuertemente a la defensa de los principios de la libertad, justicia e igualdad que consagra la Constitución Española.

Una esperanza y un ejemplo de las Madres Argentinas de Plaza de mayo que nos motivan fuertemente a defender con ahínco el imperio de los derechos humanos en todos los países de nuestra estirpe, con lo que Extremadura tiene fundida y confundida su cultura y hasta su propia sangre.

Es el grito solidario que hoy, desde Extremadura, lanzamos a todos los países hermanos de Iberoamérica; un grito solidario que provoque un respiro de alivio, y la reflexión de todos aquellos que vulneran sistemáticamente los derechos humanos.

Estos dos ejemplos, y muchos más que se podrían poner, indican que vuestra lucha, que nuestra lucha no es estéril, sino que por el contrario, día a día, año a año, lugar a lugar, la mujer va conquistando posiciones; va doblegando resistencias y va liberando actitudes.

Probablemente a un ritmo más lento del que sería exigible, pero quemando etapas y dejando atrás reivindicaciones que hace solo relativamente poco tiempo parecían satisfacer los deseos más perentorios de la mujer, y en especial de la mujer trabajadora. Francisco Largo Caballero en uno de sus discursos a los trabajadores en plena 2ª República decía lo siguiente:

“Otras de las primeras medidas del Ministro de Trabajo Socialista fue la implantación del seguro de maternidad. ¿qué significa el seguro de maternidad?, preguntaba Largo Caballero. Pues obliga a que todas las mujeres cesen de trabajar seis semanas antes de dar a luz y no reanuden el trabajo hasta seis semanas después, gozando de un subsidio durante ese periodo, disfrutando de un salario para poder mantenerse ella y sus hijos, y poder sufragar la lactancia, el médico, las medicinas, etc.

Hoy, cualquier feminista calificaría esta cita como conservadora y reaccionaria, ya que hoy lo que al parecer se pide es que el permiso de maternidad pueda ser otorgado al hombre o a la mujer, reivindicación ésta que probablemente pueda ser mirada con cierto recelo por las mujeres de nuestra tierra, y fundamentalmente por las pertenecientes a los sectores más desprotegidos de la sociedad, que, en contra de lo que pudiera parecer, no son exactamente las mujeres más cosificadas o alienadas. ¡En absoluto! El relativo rechazo o recelo de las mujeres más desprotegidas socialmente; de esas entrañables mujeres de nuestros pueblos, trabajadoras de su propio hogar, pero al mismo tiempo, con la piel seca y arrugada del trabajo impagado del campo, no es un problema ideológico, religioso o de cultura, no; fundamentalmente es un problema económico y social. Yo os rogaría que no os confundierais con ellas; es más, os diría que contarais con ellas, probablemente a vosotras os hubiera gustado que esas mujeres de nuestros pueblos, de nuestros barrios hubieran participado más numérica y activamente en esta semana de la mujer; y que hoy hubieran estado aquí, tal vez su trabajo casero se lo haya impedido, pero, pronunciándome contrario a que la única alternativa para la mujer sea el trabajo de hogar, quiero desde aquí manifestar mi respeto por esas mujeres que sin un elevado nivel cultural, sin haberse liberado de ese trabajo casero, han sido, sin embargo, en los momentos más importantes de la reciente historia extremeña, las primeras que han utilizado todos los instrumentos de lucha democrática y se han puesto a la cabeza de las reivindicaciones extremeñas. En Extremadura, en los pueblos de nuestra región, detrás de cada hombre que lucha hay una mujer que, probablemente sin estar liberada, en el sentido tópico de la palabra, es poseedora de una conciencia de clase por encima de lo que determinadas opiniones sobre aborto o divorcio puede significar.

Con ello sólo quiero poner de manifiesto que no estáis solas; que esas mujeres son humildes y desamparadas y con una problemática que hay que entender y comprender, y de las que en algunas ocasiones tendremos que aprender de su capacidad de lucha junto al hombre o empujando al hombre.

Probablemente ese hombre que, víctima de la sociedad; que oprimido en su trabajo o por falta de trabajo se convierte en opresor cuando llega a su casa, prácticamente esa opresión con la mujer y con los hijos a través de humillaciones, ultrajes y malos tratos. La Junta de Extremadura que presido inaugurara en breve un centro de mujeres maltratadas que más que un éxito de la Junta puede ser considerado como una vergüenza para los hombres que somos extremeños. La

sensibilidad de la Consejería de Acción Social ha arrancado de un gobierno de mayoría masculina los fondos necesarios para atender esta dura, terrible y dramática necesidad social que existe en nuestra tierra,

He subrayado lo de gobierno de mayoría masculina, porque más de una mujer de las que aquí están habrá pensado inmediatamente que la composición de mi gobierno, con solo una mujer formando parte del mismo, es un síntoma más de sociedad machista y de discriminación de la mujer, y puede que lleven razón, pero creo que es más razonable pensar que la culpa más que nada está en el lado de la mujer, que no se ha decidido todavía a participar activamente en la política, integrándose voluntariamente en los partidos políticos que son los cauces democráticos de representación popular: Voluntariamente y no afiliándose obligatoriamente con el marido. Es difícil, por lo tanto, introducir a muchas mujeres en los gobiernos, en los parlamentos, en los órganos de dirección de los partidos, por la sencilla razón de que las mujeres no están en los partidos. Y no puedo entender como un agricultor, un albañil en algunos casos semianalfabetos pueden estar más concienciados políticamente que buena parte de mujeres que han conseguido obtener un buen nivel cultural, educacional y profesional. No es totalmente cierto, por lo tanto, que la mujer esté discriminada en los partidos políticos; tal vez sea más cierto constatar que la mujer no está en los partidos políticos, vaya, pues, también mis saludos y admiración por todas aquellas mujeres que de una forma u otra han decidido comprometerse políticamente en la transformación de una sociedad que queremos libre, justa y solidaria.

Sólo me queda, para terminar, (y visto que habéis tenido la paciencia de escucharme sin ningún abucheo) transmitir los sentimientos que brotan de lo más hondo de mis convicciones: La Junta de Extremadura estará siempre, dentro de sus limitaciones, al servicio de la promoción de los derechos de la mujer, pues, aún siendo conscientes de que queda mucho por andar, hay que seguir creyendo en la transformación de esta sociedad, y ésta no se consigue mientras la mujer no sea libre, y no puede serlo mientras no se atiendan desde la sociedad, desde sus instituciones, sus problemas y sus justas reivindicaciones.

Ésta es la razón de más para, no sólo atender los problemas de marginalidad femenina, sino también posibilitar los mecanismos necesarios que permitan acelerar el proceso de incorporación cuantitativa de la mujer a la vida pública, removiendo los obstáculos que impiden su plena participación en la vida política, económica, cultural y social,

Para mi, como Presidente de la Junta de Extremadura, es una razón definitiva y concluyente para sentirme auténticamente gratificado, contemplar la realidad de la celebración, en Mérida, de la Semana Internacional de la Mujer, pues configura un acontecimiento que, por si solo, es indicativo de que contamos con elementos significativos de un cierto cambio que se vislumbra en el horizonte. Por todo lo cual, debo expresar mi reconocimiento a todas las instituciones que han hecho posible este encuentro.

Hoy, en Extremadura, la mujer, manifestándose como motor colectivo de la sociedad, hace historia, y yo, por ello, y por haberme invitado a clausurar esta Semana les doy las gracias.